

# La visión macroeconómica de Alejandro Bunge: construcción de un modelo estadístico (Argentina, 1913-1920)

**Hernán González Bollo**

*hgbollo@gmail.com*

Doctor en Historia (Universidad Torcuato Di Tella)

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Instituto de Estudios Histórico-Sociales (IEHS), Tandil, Argentina

## Resumen:

El ingeniero Alejandro E. Bunge (1880-1943) fue uno de los más destacados funcionarios estadísticos del Estado argentino en entreguerras. Sus aportes cubren la medición demográfica, económica y sociolaboral. Entre los 33 y 40 años, los años iniciales de su carrera burocrática, acontece una febril creatividad volcada a presentar a la economía y sus agentes desde una visión que hoy podemos juzgar como macroeconómica. Nuestro trabajo se circunscribe a presentar los pasos epistemológicos de un reformista social, que permitieron modelizar e interpretar el desempeño de la economía argentina.

**Palabras clave:** Alejandro E. Bunge (1880-1943); estadísticas públicas (1913-1920); Estado argentino

# Alejandro Bunge's macroeconomic vision: building a statistical model (Argentina, 1913-1920)

## **Abstract:**

Engineer Alejandro Ernesto Bunge (1880-1943) was one of the leading statistics officers of the Argentine State in interwar period. His contributions include demographic and socio-economic measurings. Between his 33 and 40 years, an early time in bureaucratic career, his creativity flourished to study economy and its agents from a perspective that could be called today as a macroeconomic view. Our work is limited to present the bureaucratic steps that allowed Bunge to build a model able to interpret the performance of Argentine economy.

**Key Words:** Alejandro E. Bunge (1880-1943); Official Statistics (1913-1920); Macroeconomic Vision

El presente artículo propone captar dentro de una trayectoria de un intelectual los rumbos inesperados que jalonan el itinerario. Esta aclaración viene a justificar la presentación de la etapa “estadística” del ingeniero Alejandro Ernesto Bunge, quien vivió entre 1880 y 1943. Entre 1913 y 1920, no fue ajeno al torbellino que vivió la Argentina, a partir de dos acontecimientos: la transición política que inaugura la Ley Sáenz Peña (1912); la inestabilidad que provoca la recesión de los años 1913-1917. Un joven con un título en el exterior de ingeniero, ingresó a la vida pública y política de su país y se consagró. En realidad, el debut fue como dirigente social cristiano, al punto de alcanzar la presidencia de los Círculos de Obreros Católicos argentinos. Lideró un programa para convertir al catolicismo social en el tercer espacio social alternativo, sin rastros de antiliberalismo, en competencia abierta con el socialismo y con el anarquismo. El escaso éxito de la iniciativa católico-social se compensó con la convocatoria del Poder Ejecutivo, para integrar los cuadros técnicos del Departamento Nacional del Trabajo, en el que amplió el rango de las mediciones sociolaborales. Luego, pasó al Ministerio de Hacienda y se convirtió en jefe del máximo organismo de la red de oficinas estadísticas, la Dirección General de Estadística de la Nación. Allí continuó las innovaciones (en este caso, en materia comercial y financiera). En estos dos últimos cargos, sus mayores logros fueron desarrollar y transferir al estado nacional un conjunto de esquemas de análisis, gracias a la adaptación de novedosas herramientas de difusión internacional. La capacidad para interpretar las condiciones emergentes del final de la Gran Guerra, lo convirtió en hombre de consulta permanente por parte de sus superiores, los ministros de Interior y Hacienda.

Lejos de quedar en los despachos oficiales, Bunge puso en circulación tales esquemas de análisis y herramientas de medición. Lo hizo en una seguidilla de artículos en la prensa y de conferencias para dar cuenta de los cambios acontecidos, ante una opinión pública nativa impotente para descifrar una realidad trastocada. El economista debió cumplir el papel de intérprete de un orden internacional que no retomaba el camino de la preguerra, a pesar de las esperanzas colectivas; en particular, de las elites ligadas a los dinámicos sectores exportadores de bienes agropecuarios. El esfuerzo de Alejandro Bunge fue señalar las ventajas de balancear la política en curso con una mayor atención a la capacidad de consumo del mercado interno; contabilizando los recursos humanos, regionales y fiscales subutilizados. Un reflejo del prestigio ganado como «formador de opinión» hacia fines de la década de 1910 es la compilación de *Los problemas económicos del presente* (1920), síntesis de su posición y balance del difícil momento vivido. Desde ese momento, sus contemporáneos reconocen su vocación reformista para establecer una agenda de problemas a resolver.

### **Ingreso al Estado: innovaciones estadísticas y propuestas al poder de turno**

El ingeniero Bunge fue quien introdujo los *index numbers*, una novedad para presentar una correlación o comparación entre variables seleccionadas en el tiempo, con los que proponía delimitar *issues* y la búsqueda de soluciones. Sin embargo, poco es lo que se ha escrito sobre sus aportes metodológicos y cognitivos, así como sobre sus interpretaciones. Si bien retomó algunas de las ideas y planteos prevalecientes en la generación previa de funcionarios estadísticos, fue él

quien estableció una visión de más amplio alcance de la economía vernácula, en el seno de la alta función pública<sup>1</sup>.

Las innovaciones y propuestas bungeanas no fueron elaboradas en el vacío, sino que deben ser vistas como rápidas respuestas frente a la grave recesión que se extendió, a la manera de una cadena de infortunios, en toda la economía nacional.<sup>2</sup> La guerra en los Balcanes (1913), preludio de la Gran Guerra (1914-18), provocó una gran fuga de capitales. Dados los mecanismos compensadores del patrón-oro,<sup>3</sup> la circulación monetaria quedó abruptamente restringida y se tomó la decisión de cerrar la Caja de Conversión, en agosto de 1914. Como mecanismo de compensación monetaria entre diferentes estado-naciones, el patrón-oro había logrado una formidable integración de flujos inmigratorios y de bienes, de capitales y de regiones hasta entonces inédito. Había permitido una expansión duradera del comercio internacional, desde 1875 hasta 1914, cuyo centro financiero era Londres y la divisa de referencia era la libra esterlina. No hay dudas de que la Argentina moderna (abundante en tierras y escasa en bienes de capital y mano de obra) sacó provecho del patrón-oro. Ahora, se enfrentaba con las moratorias, con los descuentos y con la prohibición de exportar oro en metálico, más una inflación minorista del 58,5% entre 1915-18. Las exportaciones argentinas disminuyeron en un 27%, entre 1912-13 y 1916-17<sup>4</sup>. A las pérdidas de algunas cosechas de las campañas agrícolas 1913-14 y 1916-17 que resintieron los saldos exportables (García Mata e Llorens, 1939, p.258-259), se sumó el cierre de los tradicionales mercados europeos. Las finanzas públicas acusaron el impacto de la disminución del intercambio comercial, pues se recostaban en mayor medida sobre el cobro de aranceles a las importaciones. A ello le siguió una disminución en la percepción de los impuestos internos. El declive de la actividad económica nacional fue de tal magnitud que el Producto Bruto Interno (PBI) disminuyó el 19,6%, entre 1913-17 (un bajón que no se repetirá hasta la crisis 2001-2002), arrastrado por la notable caída de la rama de la construcción, como consecuencia del cese de los préstamos e inversiones extranjeros. La gran industria, mejor preparada para sobrellevar las adversas condiciones financieras, lideró la sustitución de importaciones y aumentó su producción y cuota de mercado, en detrimento de los pequeños talleres. En el área rural, las restricciones bancarias y la parálisis comercial detuvieron el alza del precio de la hectárea de tierra en las operaciones de transferencias. La desocupación trepó al 19,4% en 1917 (un porcentaje que no se repetirá hasta la década de 1990) y el saldo migratorio en el quinquenio 1914-18 fue negativo, al superar los 200.000 emigrantes.

En este difícil escenario, Alejandro Bunge creó y reelaboró herramientas de medición oficial y cuasioficial, que articulaban un diagnóstico y un híbrido de política económica. Intentaba demostrar a

1 Sobre los antecedentes de los puntos de vista de Bunge entre la elite estadística liberal, véase GONZÁLEZ BOLLO (2004).

2 Para las tendencias económicas predominantes entre los años 1913-20 que aquí presentamos, hemos consultado: BARSKY, Osvaldo; GELMAN, Jorge. Historia del agro argentino. Desde fines de la hasta fines del siglo XX. Buenos Aires: Grijalbo-Mondadori, 2001; ALEJANDRO, Carlos F. Díaz. Ensayos sobre la historia económica argentina. p. 62; DI TELLA, Guido; ZYMELMAN, Eduardo. Las etapas del desarrollo económico argentino. Buenos Aires: Eudeba, 1967. p. 295-355; GERCHUNOFF, Pablo; LLACH, Lucas. El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas. Buenos Aires: Ariel, 1998. p. 68-74.

3 El patrón oro tenía cinco características: 1) libre flujo de oro entre individuos y países; 2) el mantenimiento de valores fijos de las monedas nacionales respecto al oro y, por lo tanto, entre sí; 3) la falta de una organización internacional coordinada. Estas tres situaciones implicaban, 4) la existencia de asimetrías entre los países con déficit y excedentes en la balanza de pagos. Quedarse sin reservas de oro o divisas –incapacidad de mantener el valor fijo de la moneda– estaba penalizado, pero no había penalización para la acumulación de oro. Además, 5) el mecanismo de ajuste para un país deficitario era la deflación en lugar de la devaluación, es decir, un cambio en los precios interiores en lugar de un cambio en los tipos de interés. Para esta definición, véase TEMIN (1995, p. 25-26).

4 En la que proporcionalmente pesaron menos los cereales que las carnes. A su vez, las reses congeladas eran más demandadas que las enfriadas, hecho que se invirtió al finalizar la guerra.

las elites dirigentes nativas que mantener las tendencias existentes perjudicaría el progreso alcanzado por el país. Como alto cuadro estatal advirtió que el ciclo agroexportador pampeano extensivo había quedado en cuestión. El modelo económico articulado alrededor de la gran propiedad agraria, con inmigración europea golondrina de baja calificación laboral e inversión pública volcada en la infraestructura agraria, que el estado derivaba de los empréstitos externos e impuestos a las importaciones, mostraba fisuras. A cambio, el funcionario estadístico erigió una rudimentaria visión macroeconómica con «recetas» prácticas para gestionar en medio de la crítica coyuntura. Bunge estableció una estrecha relación entre la desocupación urbana, las características del mercado laboral a escala nacional y las destrezas de la inmigración trasatlántica. Le siguieron investigaciones socio-laborales en la ciudad de Buenos Aires que tuvieron como eje establecer la estructura de gastos e ingresos de familias de trabajadores. Luego, elaboró un índice de “costo de la vida” para medir las fluctuaciones de la inflación al por menor. A partir de este índice, intentó establecer un coeficiente para cuantificar el “poder de compra” de la moneda. Aprovechó nuevamente las virtudes de los indicadores numéricos para mostrar las disparidades que revelaban un seguimiento en el tiempo de la balanza comercial, al distinguir el volumen físico del valor de las exportaciones y las importaciones. Esta trama novedosa de porcentajes, de índices, de muestras y de variables se coronó con una estimación de la renta nacional (predecesora del actual PBI) desde una perspectiva «funcional», es decir, contemplando ingresos según franjas sociales. El conjunto de análisis delineaba de forma explícita los componentes de un mercado nacional, en un intento por relegar una concepción propia del modelo de patrón-oro, que se concentraba en la concurrencia de capitales, de trabajadores y de tierras; ligados al mercado internacional por diferentes ventajas comparativas.

El primer eje del análisis económico de Alejandro Bunge fue la desocupación. Sostenía que la producción rural mantenía una población mayor que la necesaria, más allá de la demanda internacional de granos y carnes. Dicho excedente (de baja calificación laboral) se hacía más evidente en momentos de pérdida en una campaña agrícola. Una masa flotante de parados migraba en busca de trabajo, que finalmente recaía sobre las ciudades, deprimiendo los salarios e impidiendo la especialización laboral de los trabajadores urbanos. Es posible asociar la cuestión de las destrezas y las habilidades de los trabajadores en boca de Bunge, con los debates suscitados en momentos de su estadía universitaria en la Alemania Guillermina, sobre la calidad de los trabajadores polacos recién liberados de la servidumbre<sup>5</sup>.

Bunge estableció una correlación entre el aumento de la superficie cultivada y el saldo inmigratorio transatlántico para demostrar que, al menos desde 1905, el país mantenía una mayor proporción de población transitoria: la inmigración golondrina. En *La desocupación en la Argentina. Actual crisis del trabajo* (1917), aún hoy una fuente básica de toda investigación histórica, sugería como medida previsoras agilizar la deficiente organización de la oferta y la demanda del mercado de trabajo. La desocupación argentina era un tema tabú para los estadísticos liberales, responsables de los censos y estadísticas nacionales, dada la necesidad política de llenar el desierto argentino.

---

<sup>5</sup> Bajo otras circunstancias, el mismo Max Weber destacaba la cuestión de la «calidad» del inmigrante de origen eslavo arribado a la frontera este del Segundo Imperio, al poner en relación las destrezas laborales de los campesinos reclutados por los terratenientes prusianos con su valor en el conjunto de la economía. Desde una perspectiva política, esta observación planteaba la cuestión de la identidad nacional y la cohesión social, véase Desrosières (2004, p. 204-205).

Así, los expertos de la Dirección de Economía Rural y Estadística del Ministerio de Economía no calculaban el número de personas efectivamente ocupadas en las áreas cultivadas que registraban en sus pronósticos. Del mismo modo, la comisión del Tercer Censo Nacional (1914) se negó a incluir una pregunta sobre quiénes estaban desocupados. Al establecer la cantidad y el porcentaje de parados, logró arribar a una visión de la economía que valorizaba la mano de obra como capital humano. Bunge estuvo de acuerdo en sancionar una legislación restrictiva y de selección de la inmigración transatlántica, según destrezas y habilidades comprobables. Confiaba en que aumentaría el trabajo de los radicados en el país, tanto en el campo como en la ciudad. Al finalizar la cosecha, propuso organizar a los desocupados de las faenas rurales y trasladarlos a las obras públicas. La clave era averiguar entre los directores de las obras y los jefes de empresas de ferrocarriles si podían disminuir su personal en la época de la cosecha y en qué cantidad. El paso siguiente era proponer a los trabajadores disponibles viajar a los parajes donde eran demandados, con la reserva del trabajo anterior mediante una boleta de "retorno de trabajo", para que pudieran regresar a ocupar sus puestos, dentro de un plazo estipulado:

Con tales antecedentes, el Estado, de antemano, podría coordinar la oferta a producirse, a base de la comunicación de los directores de obras y empresas, con las demandas de las regiones más próximas a cada obra. A este fin, entregaría por intermedio de los jefes de correos o de quien se considerara conveniente, boletos de ida y vuelta entre el punto donde abandona el trabajo y el punto en que se ocupará en la cosecha.

El pago de estos "billetes de cosecha" se podría efectuar en la proporción siguiente: 1/3 por el obrero, 1/3 por la Nación y 1/3 por las empresas ferroviarias.

Este mecanismo debería ser objeto de una prolija organización que la experiencia iría perfeccionando y que en un principio sólo debería aplicarse dentro de la administración nacional y con alcance limitado (Bunge, 1914).

El segundo eje del análisis económico de Bunge fue investigar las condiciones de vida de la familia obrera porteña. Lo hizo tomando los modelos de Frédéric Le Play y Ernst Engel, tal como lo hacían todos los estadísticos y reformistas sociales del viejo y del nuevo mundo. El jefe de la División Estadística y un equipo que osciló entre 7 y 13 miembros realizaron dos estudios de campo sobre los gastos, ingresos, vivienda y estructura de las unidades domésticas de barrios seleccionados de la ciudad capital, por su mayor densidad de trabajadores, tales como Barracas, La Boca y Liniers (González Bollo, 1999, p. 23 y 37).

En 1913, la División Estadística entrevistó a 221 familias, integradas por 1.154 miembros; y en 1914 fueron 154, que sumaban 768 miembros. Estas encuestas inauguraron en el DNT una rutina administrativa de indagación metódica del mundo del trabajo urbano, que debió lidiar con la desconfianza de anarquistas y socialistas, hasta su posterior reconocimiento como una fuente oficial para la legislación laboral. La preocupación por dejar explicitadas en cada investigación oficial las metodologías de medición señala la superación de una aproximación propia de la «sociología espontánea», tal como la que llevó a cabo Juan Bialek Massé, comisionado del Ministerio del Interior a principios del siglo XX. Así, la División Estadística dotaba al estado argentino de un laboratorio permanente de sondeo de la estructura y cambios operados en el campo popular urbano; indagación que se prolongará por tres

décadas hasta la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión a fines de 1943<sup>6</sup>. Bajo la dirección de Bunge se editaron los *Anuarios Estadísticos del Trabajo* de los años 1913 (1915) y 1914 (1916). En ellos continuaron las compilaciones previas de huelgas, de salarios y de horas trabajadas, acompañados de análisis y comentarios. Se iniciaron las investigaciones sobre la ocupación urbana, sobre el seguro de accidentes de trabajo y sobre las condiciones del trabajo a domicilio, se compilaron las infracciones a las leyes 4.661 (descanso dominical) y 5.291 (trabajo de mujeres y niños) y se tabuló el movimiento de las agencias privadas de colocación de empleos y del flamante Registro Nacional de Colocaciones. Ejemplos del uso de las mediciones socio-laborales por la esfera legislativa fueron los proyectos de los diputados Bas y Cafferata, antes citados. También hay que rescatar la sanción de la ley 10.505 (1918), que reglamentaba la convocatoria de una comisión de salarios mínimos entre trabajadores a domicilio de confecciones textiles con un veedor del DNT, que tomaba como fuente la evidencia recogida por la División Estadística. En fin, el Ministerio del Interior pudo ofrecer toda la información socio-laboral disponible en respuesta a una minuta del Senado, que pedía “un informe escrito sobre la importancia de la desocupación obrera y de las medidas que pensaba adoptar para remediar el problema permanente del paro forzoso en la República” (Ministerio del Interior, 1915, p.11). El informe del ministerio político elevado a los integrantes de la cámara alta reflejaba algunas de las ideas del jefe de la División Estadística en medidas concretas. Por ejemplo, el decreto reglamentario de la organización del Registro Nacional de Colocaciones disponía de la red de oficinas de correos y telégrafos, en la tarea de agilizar la coordinación de la distribución de los trabajadores rurales en vísperas de la campaña agrícola (Ministerio del Interior, 1915, p.83-101).

El tercer eje del análisis económico de Alejandro Bunge fue la elaboración de un índice de precios al consumidor «cuasioficial», es decir, privado con fuentes oficiales. Con su publicación, anunciaba que la moneda argentina dejaba de tener valor constante, tal como pautaba la adhesión al patrón-oro. Lo cierto es que, con el desarrollo de un coeficiente de actualización de la desvalorización del peso, sumó como argumento al debate sobre la salida de la primera posguerra la capacidad de compra del salario de los trabajadores en el reforzamiento de la capacidad de consumo del mercado interno.

Desde mediados del siglo XIX, economistas y matemáticos ensayaron la construcción de índices numéricos. Desde fines de la década de 1860, la revista británica *The Economist* venía publicando una serie de precios de materias primas, de referencia obligada para toda una generación de entendidos y especialistas en teoría monetaria (Kendall, 1969, p.9). El paso decisivo de las compilaciones privadas a las tabulaciones oficiales lo dieron el *Bureau of Labour* norteamericano y el *Board of Trade* británico, cuando agregaron una mayor sofisticación a los simples promedios de los precios de bienes y servicios. Ambos establecieron promedios ponderados de grupos o canastas de precios, en los que tenían mayor peso proporcional algunos valores sobre otros, revelando una compleja estructura de seguimiento del alza o baja de los bienes no sólo de consumo masivo,

<sup>6</sup> Bajo la metodología introducida por Bunge, el DNT realizó cuatro encuestas anuales más (84 familias en 1919, 110 en 1922, 123 en 1923 y 360 en 1924). A mediados de la década de 1920 se amplió la escala de familias entrevistadas (1.000 familias en 1925, 700 en 1926, 1.198 en 1928, 680 en 1929 y 900 en 1931). En la década de 1930 las encuestas (en las que se nota la influencia de Maurice Halbwachs) alcanzan un nuevo umbral, por su extensión y análisis cualitativo, desde los 3.020 presupuestos de familias porteñas seleccionados, en octubre de 1933, hasta llegar al relevamiento de 18.795 familias del Área Metropolitana de Buenos Aires, en mayo, junio y julio de 1943. Véase González Bollo (2007, p. 238-245).



sino también mayoristas (Tooze, 2001, p.7-9). No hay dudas de que en nuestro país la inflación durante la Gran Guerra y el posterior desplome de los precios de los bienes exportados le dieron mayor sentido a estas mediciones. A ello hay que agregar que, tal como sucedió en otros países agrícolas, la guerra forzó la ampliación de las ramas industriales y una súbita sustitución de las importaciones. La percepción de que la actividad fabril interna tenía efectos multiplicadores en la formación de la riqueza, le dio fuerza argumentativa a un difuso pensamiento heterodoxo que sostenía que el bienestar de los agentes económicos podía estar asociado con el mercado nacional, antes que con el comercio internacional. Así, medir el costo de la vida o el poder de compra de la moneda recusaba las añoranzas de los deflacionistas sobre la posibilidad de una vuelta a las paridades fijas de las monedas en la preguerra, quienes en el afán de estabilizar los precios internos y el deseo de comprimir costos trastocarían una estructura de inversión, de empleo y de ingresos transformados.

Gracias a las encuestas realizadas para la División Estadística del DNT, Bunge pudo delimitar una canasta representativa de bienes y servicios de consumo popular porteño y seguir las oscilaciones de sus precios<sup>7</sup>. Logró establecer un promedio de ingreso (anual, mensual) de las familias obreras y ponderar sus gastos: 50% en alimentos, 20% en alquiler y 30% en vestimentas y otros consumos domésticos. Publicó habitualmente en su *Revista de Economía Argentina* y en la *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas* cálculos del costo de la vida, tomando como año-base 1910. Para 1917, presentaba un alza del 46 %. De forma desagregada, la canasta de precios de alimentos creció un 38%, el alquiler bajó el 10% y otra canasta de precios integrada por la vestimenta y demás consumos domésticos trepó al 98%. En la Argentina, el índice de precios minoristas comenzó como un cálculo privado con datos oficiales de primera mano, hasta que se hizo oficial y comenzó a llevarlo a cabo la DGEN, en 1924. Con este índice, el jefe de la DGEN aspiraba a establecer una “política del salario” actualizada, una medida que consideraba vital para relanzar la actividad económica nacional deprimida y asfixiada por la crisis (Bunge, 1918b, p.57). En un *memo* elevado en octubre de 1917 al ministro de Hacienda Domingo Salaverry, su superior político, recomendó un aumento general de los salarios de un 12%, sobre los percibidos en 1913. Argumentó que admitir que los ingresos del “pueblo trabajador” podían estar sujetos a la ley de la oferta y la demanda justificaría sueldos irrisorios. Recordaba que este punto había sido resuelto por León XII y demandaba a las organizaciones patronales una elemental dosis de cristianismo, de equidad y de espíritu colectivo (Bunge, 1919d).

Si la medición de la inflación de los precios internos en el mercado nacional abría la posibilidad de actualizar ingresos salariales, Bunge sostenía que una de las variables a tener en cuenta era el poder adquisitivo de la moneda soberana, con la que se transaban la totalidad de bienes y servicios, se pagaban impuestos y se cancelaban deudas. Esta observación tenía presente las variaciones reflejadas por las oscilaciones del nivel general de precios en países con situaciones muy diferentes en momentos de la firma del tratado de Versalles (1919): naciones vencedoras y deudoras, vencedoras y acreedoras, derrotadas y deudoras, neutrales y acreedoras. Ante la

<sup>7</sup> “Precios de los artículos de primera necesidad”, en DNT (1916, p. 223-233).



imposibilidad de contar con el patrón-oro como medida constante de comparación del poder adquisitivo con otros estados, proponía establecer un patrón de actualización constante de valores, a partir del índice de una canasta de precios de *commodities* y bienes de consumo masivo, con la consiguiente depreciación del peso, al que bautizó «coeficiente de corrección de la moneda» (Fernández López, 1994). La idea tuvo una presentación internacional en la Segunda Conferencia Financiera Panamericana (1920) –donde Bunge integraba la delegación argentina- gracias a los oficios de Edwin Seligman, profesor de la Universidad de Columbia (Bunge, 1920d). La novedad se extendió a otras universidades latinoamericanas y entre economistas norteamericanos con estrechas relaciones académicas en el subcontinente. Del intenso y breve intercambio epistolar con economistas y estadísticos de la talla de George H. Knibbs, Charles Guide, Karl Diehl e Irving Fisher, quedaron más preguntas en el plano teórico que certezas sobre su viabilidad práctica<sup>8</sup>. Al fin y al cabo, se convirtió en una de esas curiosas creaciones de la primera posguerra y los años veinte, como los barómetros económicos.

El cuarto eje del análisis económico de Alejandro Bunge fue un estudio crítico del intercambio comercial argentino. Efectivamente, fue él quien demostró por primera vez que el país vendía materia prima barata y compraba manufactura cara. Y lo hizo a partir de la aplicación de los índices numéricos a los oscilantes valores y cantidades de las exportaciones y las importaciones. En otras palabras, fue el precursor de la tesis del deterioro de los términos de intercambio comercial, que haría famoso a su discípulo Raúl Prebisch.

Durante la jefatura de la DGEN, se dedicó a ampliar la información sobre los precios de los bienes exportados e importados (en este caso, dejando a un lado el valor desactualizado que asignaba la tarifa de avalúos vigente desde 1907). Tomó como referencia las cotizaciones de las bolsas porteñas de Cereales y de Comercio y los costos de productos elaborados por socios de la Unión Industrial Argentina. Una de las conclusiones del informe de la DGEN, *El intercambio económico de la República Argentina en 1916* (1917), era que la balanza comercial argentina mantenía saldos favorables menores y sufría un déficit mayor. La rectificación retrospectiva del comercio exterior mostraba que si se comparaba el año 1910 con 1916, el precio de las importaciones había crecido un 60,6%, mientras que las cantidades habían disminuido un 38,2%; del mismo modo, los precios de las exportaciones habían crecido un 32,9 %, mientras que las cantidades apenas habían superado un 12 %. *La Nación* reprodujo los párrafos principales del informe, aclarando que “se trata, como se verá, de un estudio por todos conceptos interesante y que contiene abundantes elementos de juicio para apreciar la situación comercial e industrial del país”<sup>9</sup>. En un segundo documento elevado al ministro de Hacienda Domingo Salaverry, Bunge ampliaba su interpretación. Allí afirmaba que la guerra de los países centrales había revelado más crudamente la imposición de una modalidad comercial a los países proveedores de materias primas. Señalaba que el aparente consentimiento de las elites nativas encubría en realidad una incapacidad por comprender la composición de una balanza comercial, pilar de toda política aduanera a favor de la expansión de la propia estructura productiva. Por otra parte, dicha incapacidad

<sup>8</sup> En la segunda edición revisada de *The Making of Index Numbers: A Study of Their Varieties, Tests, and Reliability* (1923), Fisher no la tuvo en cuenta.

<sup>9</sup> “El intercambio económico de la República Argentina en 1916. El comercio especial exterior. Ampliación de la información estadística”, *La Nación*, p. 5-6, 16 de marzo de 1917.

reflejaba la falta de determinación dirigente para negociar nuevas condiciones en el comercio internacional con las naciones compradoras:

Séanos permitido expresarlo, que la solución no radica exclusivamente en normas de gobierno. Existe en el país una clase dirigente [...] con prestigio social y con imperio suficientes para intervenir con eficacia en la política comercial y económica interna y externa del país. Esos hombres pueden y deben, complementando lealmente la acción de los hombres de gobierno [...] con todo el imperio de su prestigio y responsabilidad, y con la requerida decisión y energía, la política económica nacional e internacional que el país reclama, política que, por otra parte, no es ni puede ser atentatoria a los intereses legítimos de las naciones compradoras y de su tradicional amistad (Bunge, 1917a, p.410).

Las distorsiones monetarias del otro lado del Atlántico revelaban que, desde el puerto de Buenos Aires, el trigo y la carne se exportaban a un precio poco más alto del costo de producción pampeano. Tomando como referencia los indicadores numéricos publicados por *The Economist*, Bunge denunciaba que las plazas consumidoras europeas compraban esos mismos productos con un aumento de entre el 100 y el 200%, con una pingüe ganancia para las empresas comercializadoras desde la misma estación de tren<sup>10</sup>. Mientras, aquí se recibían importaciones de productos europeos con precios actualizados, se interrogaba por qué “comprar a mayor precio, pero no [por qué] no [...] vender con un aumento proporcional” (Bunge, 1917b, p.5). En la visión del jefe de la DGEN, el estado argentino podía legítimamente reaccionar ante la mayor demanda internacional fijando precios más altos para los novillos y el trigo, que los chacareros habían ofrecido en gran cantidad pero habían capitalizado poco. Los ingresos mayores del mundo rural iban a repercutir directamente en las ciudades cuyos consumos podían sufrir un aumento, aunque la riqueza distribuida en el conjunto económico podría llegar a ser equivalente. Ante el alza del costo de vida, tuvo en cuenta la posibilidad de un régimen diferencial de precios de consumo y de exportación, al hacerse eco lo hecho por Rumania con el valor interno del trigo. De todas maneras, la falta de antecedentes en nuestro país le hacía dudar de la viabilidad de esta medida que, sin embargo, la juzgaba como excepcional y a tono con circunstancias puntuales<sup>11</sup>.

Alejandro Bunge abordó otros temas económicos, con mayor o menor profundidad, que señalan una creativa e inagotable capacidad de plantearse respuestas frente a los dilemas de esa difícil coyuntura mundial. Entre ellos, merecen destacarse: el estudio patrimonial de los ferrocarriles, una interpretación del aumento anual de la población argentina (que incluía el saldo migratorio), un ensayo de un índice de precios al por mayor y un borrador sobre el crecimiento de la industria porteña y del sur del Gran Buenos Aires (Bunge, 1917c, 1918a, 1918b, 1919a). Lo cierto es que, al intentar una explicación del movimiento del mercado laboral y su relación con la desocupación urbana, al establecer los ingresos y consumos de las familias obreras, al diseñar un índice de precios al consumidor y al distinguir cantidad y precio en el intercambio comercial; el economista coronó su trabajo con la edición de *Riqueza y renta de la Argentina. Su distribución y su capacidad contributiva* (1917). Sin duda, el quinto eje de su análisis fue esta obra-síntesis, la más importante

10 La estigmatización del sector comercializador prueba las lecturas de Werner Sombart sobre la contraposición de las virtudes del productor y del oportunismo y parasitismo del capital comercial. Aunque, vale aclararlo, no realiza una asociación explícita entre comerciante y “espíritu judío”, propio de la retórica sombartiana contenida en *Die Juden und das Wirtschaftsleben* (1911), véase Herf (1990).

11 “Costo de los alimentos”, *La Prensa*, p.5, 25 de agosto de 1919.

que escribió en esta etapa. En ella ofreció una visión de la economía como un circuito de rentas y de pagos, según diferentes ramas de actividad y distinguiendo clases sociales. Esta perspectiva tuvo ecos políticos.

A fines del siglo XIX, los *handbooks* más autorizados ubicaban a la Argentina entre las quince naciones más ricas del mundo (Mulhall, 1896). A principios del siglo XX, gracias a la gran producción de cereales de la pampa húmeda, el país era considerado uno de los «graneros del mundo» (Barsky y Gelman, 2001, p.162). ¿Qué sucedió entre 1913-17 para quedar asfixiado de forma abrupta? Bunge encuentra una clave en las finanzas públicas. Al analizar la estructura de los ingresos fiscales observaba la existencia de un estado-nación pobre en una economía rica (y potencialmente muy rica), integrada en su cúspide por agentes con altos ingresos. De forma sintética, se propuso “apreciar la capacidad económica del país, su fuerza productiva, su función contribuyente, y la posibilidad de cada una de sus formas de riqueza y de cada uno de sus habitantes activos para contribuir a las necesidades del Estado” (Bunge, 1917d). Todo programa analítico que pretendía establecer la riqueza pública o patrimonio nacional<sup>12</sup> tenía como evidencia para deducir ganancias la declaración del impuesto a la renta y las sucesiones, así como también los inventarios de las diferentes ramas de la economía nacional. Sobre la base de esta última metodología, Bunge calculó los valores y rendimientos de los capitales invertidos por actividad productiva y la distribución de las rentas individuales, reconstruyendo una pirámide social dividida en obreros, «no obreros» (clase media) y «pudientes». Más allá de la estimación de las rentas individuales, de los productos del capital y del trabajo, o de las deducciones e inevitables ocultamientos delineó un impuesto progresivo que, según sus cálculos, representaría la cuarta parte de los recursos del estado nacional (Bunge, 1917d, p.173). Para probar la falta de una gran presión impositiva *per cápita* sumó todos los impuestos nacionales, provinciales y municipales y los comparó con el cálculo del patrimonio nacional; de manera tal que apenas superaba la mitad de la carga que afrontaban los ciudadanos alemanes, franceses e ingleses antes de la guerra. La estructura del fisco argentino estaba sostenida por impuestos indirectos al consumo, que proporcionalmente «eximía» de pagar a los que tenían mayores ingresos y cuyo peso recaía sobre las clases populares<sup>13</sup>. En la visión de Bunge, la falta de compromiso fiscal de la cúspide social ocasionaba la existencia de una administración pública para “un estado de tres o cuatro millones de habitantes” (Bunge, 1919d, p.32). La inequidad en la distribución de los tributos lo llevó a proponer una reforma impositiva, cuyo eje era el impuesto a la renta, y lo hizo en un contexto político singular.

El gobierno de Hipólito Yrigoyen recién instalado debía obtener ingresos, en medio de la debacle de las rentas de aduana. El ministro de Hacienda Salaverry ensayó varias opciones, algunas polémicas y otras ya conocidas, como el impuesto a las exportaciones, nuevos derechos adicionales a las importaciones o un ambiguo impuesto sobre la propiedad mueble (basado en una evaluación del capital fijo patrimonial), hasta la presentación del proyecto de impuesto a la renta, en septiembre de 1918 (Van der Karr, 1974). El Ejecutivo aclaró que no lo movía cubrir momentáneamente el déficit de las rentas,

12 Términos que reflejan las diferentes tradiciones académicas y burocráticas que confluían en la definición del objeto a tratar (Studenski, 1961).

13 En palabras de Bunge, “se grava la «imposibilidad contributiva» y se mantiene relativamente casi sin gravamen la «posibilidad contributiva»” (1917d, p. 231).

“sino iniciar un nuevo régimen tributario que distribuya las cargas públicas con la mayor equidad y justicia” (Montequín, 1995, p.153-154 y 156). Esta filosofía estaba presente en las deliberaciones de la Comisión de Presupuesto de Diputados, integrada por cuatro radicales, dos conservadores, un socialista y otro demócrata progresista. Bajo la presidencia de Víctor M. Molina, ratificaba el nuevo enfoque sobre el gravamen directo al afirmar que, “la guerra europea se encargó de demostrar toda la falacia de un sistema impositivo que echaba casi exclusivamente sobre el consumo el peso de las cargas públicas y basa el sistema rentístico en el impuesto de aduana” (Van der Karr, 1974, p.100-101). En medio de tan notables coincidencias entre el Ejecutivo y la Comisión de Presupuesto, Bunge dictó una conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, con el fin de explicar los resultados posibles del futuro impuesto. El impacto de sus dichos llevó al diario radical *La Época* a reproducir en varios números la disertación, dando lugar a una relación que se mantuvo con la publicación de otros artículos sobre la realidad argentina<sup>14</sup>. El impuesto no prosperó en la cámara baja. A principios de 1920, sólo obtuvo una aprobación en general del despacho y, ante la posibilidad de una discusión en particular, volvió a la Comisión de Presupuesto, en medio de la unánime oposición pública de las organizaciones patronales.

Como ya se ha dicho, Alejandro Bunge hizo carrera en la estadística pública descentralizada en una doble coyuntura: la crisis 1913-17 y la transición hacia un régimen político de participación ampliada. Con el aval del Poder Ejecutivo, efectuó aportes regulares y continuos al desarrollo de políticas socio-laborales y económicas, primero bajo la esfera del Ministerio del Interior conservador y luego bajo la égida del Ministerio de Hacienda radical, a la par de otras propuestas de partidos políticos o grupos de interés. Como servidor público, fue sensible a los desajustes sociales que provocaba la recesión y utilizó los recursos administrativos de la información y el análisis. Concibió la elaboración de políticas focalizadas como correctivos de los fallos apreciados en la ausencia de medidas precedentes y en función de una concepción más gravitante de la burocracia gubernamental<sup>15</sup>. Las difíciles circunstancias vividas hicieron viable medidas novedosas y drásticas, aunque su autor no debe ser visto como un modelo excepcional pues, tal como sucedió en otros países, las mismas condiciones impuestas por la gestión de la guerra total promovieron la emergencia de economistas gubernamentales con iniciativas similares<sup>16</sup>. El caso es que el funcionario estadístico argentino agotó su idilio político con el yrigoyenismo mientras éste se estabilizaba en el poder, sin menguar su creatividad estadística. El presupuesto de 1920 contempló para la DGEN una recomposición de las partidas desactualizadas por la inflación, la reorganización administrativa de las áreas de trabajo y el aumento de los empleados estables. Entre 1915 y 1920 la DGEN aumentó sus partidas de \$169.080 a \$353.040, y pasó de 51 empleados a 95, acaso el dato más elocuente de la jerarquización lograda. El nuevo presupuesto permitió crear cuatro grandes áreas de trabajo: Demografía, estadística comparada y demografía

14 A. E. Bunge, “El impuesto a la renta, su implantación en la Argentina. Resultados posibles”, *La Época*, 12, 13, 15, 16, 17 y 18 de abril de 1918, recortes periodísticos compilados en la Biblioteca Tornquist, BCRA. También, A. E. Bunge, “El bienestar argentino”, *La Época*, 12 de octubre de 1920, reproducido en REA, N° 27-28, septiembre-octubre 1920, p. 286-289.

15 Un caso afín al propuesto por Hugh Heclo, *Modern Social Politics in Britain and Sweden. From Relief to Income Maintenance*, New Haven-Londres: Yale University Press, 1975, p. 302-304, citado por Theda Skocpol, “El Estado regresa al primer plano: estrategias de análisis en la investigación actual”, *Zona Abierta*, n° 50, p. 90-92, enero-marzo 1989.

16 En los Estados Unidos, Herbert Hoover -director de la Administración de Alimentos de Guerra-, y Wesley Mitchell -responsable de la Sección Estadística de Precios del Comité de Industrias de Guerra-; en Alemania, Ernst Wagemann -jefe del departamento estadístico de la Oficina de Alimentos de Guerra- y Walter Rathenau -encargado de la Oficina Bélica de Materiales en Bruto-. Al finalizar el conflicto, Mitchell y Wagemann, empapados en los esquemas de la escuela histórica alemana, crearon y formaron parte de sendos centros de investigación, el National Bureau of Economics Research (NBER) y el Institut für Konjunkturforschung (IfK), respectivamente, que se convirtieron en centros asesores para diferentes agencias, programas y gobiernos.

social; Producción nacional, importación, exportación, comercio y banco; Finanzas y censos; y Política, instrucción, educación, cultura, justicia, policía y delincuencia<sup>17</sup>. Sin duda, 1920 fue un momento de evaluación retrospectiva de lo hecho hasta entonces, tal como surge de una nota pública en la primavera de ese año (Bunge, 1920b). Al final, la capacidad de trabajo de los recursos humanos reclutados por las redes de clientelas del radicalismo personalista no lo satisfizo y renunció, “en desacuerdo con la reorganización del personal de la repartición”<sup>18</sup>.

## Reconocimientos públicos y rechazos ideológicos

¿Cómo captar la visibilidad pública del joven Alejandro? Entre los 32 y 40 años su figura se catapultó, gracias a una trama virtuosa de reconocimientos hacia el economista y el reformista social. Se constituyó a través de las relaciones establecidas en el mundo universitario (cátedras, seminarios, conferencias públicas, informes), los medios de prensa escrita, que difundieron sus ideas y argumentos entre diferentes tipos de lectores, y la redacción de la *Revista de Economía Argentina*. De forma paralela a este entrecruzamiento de las validaciones académicas y profesionales, surgió un eje de impugnación ideológica ante su condición de intelectual católico, en cuyos vértices estaban anarquistas y socialistas. A favor o en contra, lo cierto es que su figura se convirtió en una posición bien visible en la discusión de la agenda de los problemas económicos del país.

Alejandro integró desde sus inicios el cuerpo docente de la Facultad de Ciencias Económicas, de la UBA, creada por ley 9.254 de septiembre de 1913<sup>19</sup>. Se incorporó como profesor suplente de la cátedra de Estadística, a cargo del matemático italiano Hugo Broggi. Como representante del claustro de profesores, tuvo un fugaz paso por el Consejo Directivo (1918-19), precisamente cuando se sancionaba la Reforma Universitaria (1918), y fue uno de los impulsores del seminario de investigación. El plan de estudio reformado de la Facultad recusaba el enciclopedismo imperante en otras casas de altos estudios, para distinguir el seminario de investigación anual como la coronación de la carrera de grado y el preludio del doctorado, modelo tomado de la universidad alemana (Rodríguez Etchart, 1917). En el nuevo plan, el director del curso (acompañado de jefes y ayudantes) debía transmitir a los estudiantes el manejo de fuentes y formarlos como investigadores, con el fin de eludir toda conjetura estéril. El seminario Costo de la Vida y Poder Adquisitivo de la Moneda (1919-20), a cargo de Bunge y con el estudiante Raúl Prebisch como jefe de trabajos prácticos, cumplía con los objetivos antes señalados (Fernández López, 1994, p.672-673). Había comenzado como taller de investigación en 1915 y cuatro años más tarde se convirtió en un curso libre de Economía Política, enfocado a distinguir los ejes de las nuevas relaciones internacionales que emergían en la primera posguerra. Gracias a un subsidio otorgado por el Ministerio de Hacienda, en el verano 1919-20 los estudiantes del seminario se organizaron para levantar una colecta de precios y salarios en algunas capitales de provincia y así establecer

17 Véase, *Ley de Presupuesto General de la República Argentina para el ejercicio de 1915*, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura, Buenos Aires, 1915, p. 199, y *Ley de presupuesto general de la República Argentina para el ejercicio de 1920*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura, 1920, p. 215-217.

18 “El director general de estadística renunció”, *La Nación*, 16 de noviembre de 1921, p. 5.

19 Sobre la trayectoria universitaria y académica de Alejandro Bunge, véase Greffier y Loudet (1938).

el costo de vida (Valle y Ferrari, 1920). El decano Eleodoro Lobos reconoció la importancia de esta investigación. Otra prueba de su repercusión fue la presencia de visitas extranjeras que se interesaron por la medición estadísticas con índices numéricos, como Daniel Martner, del Ministerio de Hacienda de Chile; y Oscar F Arrús, de la Dirección General de Estadística y Censos de Perú (Bunge, 1921). Un estudiante, Roberto E. Garzón, que participó del ciclo 1919 se convirtió en jefe de seminario de investigaciones de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad del Litoral. El mismo Bunge fue convocado por la Universidad de La Plata, en 1918, para dictar un curso de Geografía Económica en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. En 1921, ya era profesor suplente de la cátedra de Economía Política. De la mano de su maestro, Prebisch llegó a La Plata y se convirtió en jefe del seminario de investigaciones de esa Facultad, en donde replicó el modelo de la UBA (Universidad Nacional de La Plata, 1922). Su arribo venía precedido de un reconocimiento especial del titular del curso en Buenos Aires, que no ahorraba en elogios: “ha demostrado, desde el primer momento, una comprensión excepcional del problema, y es un excelente colaborador didáctico” (Bunge, 1921, p.457). La red académica no se agotó en Buenos Aires y La Plata pues, en 1919, Bunge fue invitado a dictar un curso de extensión en la Universidad de Tucumán. El rector Juan B. Terán lo presentó como “quien ha acreditado una alta personalidad científica, prestando a la nación eminente servicio desde la dirección de estadística, pues ha dado un sentido nuevo y útil a cifras que amenazaban continuar significando oscuros jeroglíficos o signos inertes” (Bunge, 1919d, p.4).

Los reconocimientos se extendieron a los circuitos de notables y a la prensa. El Museo Social Argentino organizó un sondeo para conocer la opinión de diversas personalidades de la sociedad argentina sobre el futuro de la inmigración transatlántica luego de la guerra y le encomendó a Alejandro escribir una memoria de las cuarenta y cinco respuestas recibidas (Bunge, 1919b). Dos veces fue invitado a exponer sus ideas –1918 y 1920- en el Instituto Popular de Conferencias, un ciclo de reuniones para tratar temas de actualidad desde una perspectiva académica, que se realizaba en una sala ofrecida por el diario *La Prensa*, bajo la dirección de Estanislao Zeballos (Bunge, 1924 y 1925). En una de las presentaciones, Zeballos comentó que la labor que Bunge recién comenzaba ya era notable. Enumeró sus libros, folletos y artículos en revistas, “que divulgan [...] resultados y tienden a formar una escuela científica que preparará a la República, para el catálogo numérico de los hechos” (Bunge, 1924, p.238). Como eco de la Semana Trágica, a lo largo de 1919, *La Prensa* le encargó una extensa serie de artículos sobre cuestiones económicas y laborales. Muchos de ellos los compiló en *Los problemas económicos del presente* (1920a). *The Buenos Aires Herald* reseñó elogiosamente esta obra, ampliando aún más la comunidad de potenciales lectores. Sostenía que era de interés directo para los extranjeros, pues en ella se exponían hechos y datos de interés, y juzgaba que “no es necesario tener una gran profundidad de visión para comprender que el señor Bunge es, en el fondo, un reformador”<sup>20</sup>.

La fundación de la *Revista de Economía Argentina* fue una apuesta ambiciosa y su consejo editorial se convirtió en un centro intelectual de permanente convivencia de figuras que provenían del ámbito

20 Reseña de A. E. Bunge, “Los problemas económicos del presente” en *The Buenos Aires Herald*, 10 de abril de 1920, p. 7.



académico y empresarial<sup>21</sup>. Una línea de relaciones estaba formada por los profesores de la Facultad de Ciencias Económicas, todos ellos doctores en leyes, como Juan José Díaz Arana, Enrique Ruiz Guiñazú (ambos, integrantes del Museo Social Argentino), Luis Roque Gondra (además, militante radical) y Enrique Uriburu; quienes se sumaron al consejo de redacción. En marzo de 1920 se alejan Gondra y Uriburu y quedan sólo los integrantes del Museo; un año más tarde la *Revista* declaraba ser “adherente al Museo Social Argentino”<sup>22</sup>. La inclusión de Miguel Ángel Cárcano, profesor de Régimen Agrario de las facultades de Económicas y Agronomía de la UBA (además de autor de *Evolución histórica del régimen de la tierra pública, 1810-1916* [1917]) fue un giro sobre esta tendencia y, a su vez, una renovación de las plumas que colaboraban habitualmente. La otra línea la representan dos primos, Eduardo A. Tornquist y Mauricio Bunge, quienes ingresaron en 1921, y fueron presentados como directores de varias sociedades anónimas, acaso un genuino sostén financiero del emprendimiento. A partir de entonces la revista contó con la colaboración permanente del poderoso empresario Carlos Alfredo Tornquist.

De todas maneras, la reconstrucción de los reconocimientos sociales debe contemplar los rechazos, pues éstos muestran los límites que se oponen al despliegue de las ideas del economista. En otras palabras, una aproximación al discurso bungeano y su recepción no puede soslayar la censura ejercida por una parte del universo social, en su intento por deslegitimarlo. Nadie puso en cuestión sus antecedentes y se hizo silencio sobre sus aportes: su condición de católico practicante era motivo de virulentas reacciones, tanto de anarquistas como de socialistas. No hay dudas de que lo juzgaban como una avanzada intelectual de un movimiento social renovado, en su afán de convertirse en un espacio ideológico alternativo.

Los anarquistas se refirieron al proyecto del catolicismo social y elípticamente a Bunge en las resoluciones del IX Congreso de la Federación Obrera de la República Argentina (FORA) de abril de 1915. Denunciaban a los grupos “pseudo-sindicalistas”, que se constituían bajo el patrocinio de la Iglesia católica con el objeto de desviar la orientación sindical y supeditar los sindicatos a los intereses y preocupaciones religiosas. Estos grupos debían ser combatidos por todos los obreros “conscientes de la misión emancipadora de la organización sindical autónoma del proletariado”<sup>23</sup>. Como reacción a las investigaciones del jefe de la División Estadística del DNT, en la declaración de la FORA se propuso organizar una Comisión de Estadística para que recopilara y difundiera entre los obreros las condiciones de trabajo, horario, jornal, cantidad de trabajadores que se necesitaban en las localidades rurales. El objetivo era “evitar el engaño de las informaciones interesadas del Estado y del capitalismo, que tendían a fomentar la concurrencia entre los trabajadores, con el objeto de deprimir los salarios y establecer condiciones arbitrarias de trabajo, en contra de los intereses morales y materiales de la clase trabajadora” (Otero, 2006, p.227).

Los socialistas fueron más lejos y tuvieron a Bunge en la mira a lo largo de todo este período. Aquí seleccionamos cuatro episodios que jalonan una enemistad manifiesta. El primero de ellos refiere

21 Respecto a la Revista de Economía Argentina, consultamos Juan José Llach, La Argentina que no fue, p. 24-25, y Jorge Pantaleón, “El surgimiento de la nueva economía argentina: el caso Bunge”, p. 175-190.

22 REA, N° 34-35, abril-mayo 1921, p. 248.

23 “La Federación Obrera Regional Argentina”, Boletín del DNT, n° 41, p.118, abril 1919.



a la estadística socio-laboral del DNT. Si tomamos lo hecho y dicho por Bunge y recopilamos las afirmaciones socialistas, queda probado que había notable coincidencia sobre la necesidad de contabilizar la desocupación en momento del levantamiento del Tercer Censo Nacional (1914). Los socialistas afirman que “se necesitaría primeramente conocer con exactitud la extensión del mal, saber a ciencia cierta cuál es la cifra de los desocupados y a qué gremios corresponden<sup>24</sup>. En un editorial sostienen:

La jornada de trabajo, los salarios, la periodicidad de la desocupación, si existe, etc., etc., son puntos de la mayor importancia que deben tener un lugar señalado en el censos [...].

Las circunstancias han variado tanto, que se hace indispensable conocer a ciencia cierta la situación de la clase obrera, para ilustrar a los legisladores y al gobierno, y darles elementos de juicio completos que les permitan resolver con acierto los problemas más urgentes.<sup>25</sup>

Sin embargo, la reacción ante la publicación de la “Desocupación obrera en Buenos Aires”, en el *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* (aunque más precisamente ante los adelantos comentados con cierto interés por la prensa diaria), fue negativa. Los datos compilados en cuadros dados a publicidad eran una “intrincada red de [...] cifras, sin comprender al fin de su lectura si el autor ha querido o no demostrar la existencia de los desocupados”<sup>26</sup>. Del laberinto de cifras diseminadas en el informe se juzgaba a su autor como un “consumado teólogo de la ciencia aritmética”<sup>27</sup>. Este original rótulo formaba parte de la ofensiva política que realizaba el socialismo contra los católicos sociales que integraban el DNT. Por su parte, el diputado Antonio de Tomaso denunciaba que las flamantes agencias oficiales de colocación de empleos, bajo la órbita del organismo laboral, beneficiarían a las agencias ya puestas en marcha por el presidente de los Círculos de Obreros Católicos (Zimmermann, 1992, p.206).

El segundo episodio fue en el Congreso Americano de Ciencias Sociales, realizado en julio de 1916, en la ciudad de Tucumán. En la Sección XI, sobre Trabajo, Previsión y Asistencia Social, se encontraron el catolicismo reformista y los socialistas para comentar ponencias y deliberar sobre la cuestión social (Zimmermann, 1992). Como vocales estaban Arturo Bas, Miguel de Andrea, Manuel Gálvez, Indalecio Gómez, Emilio Lamarca y Julio B. Lezana; frente a Augusto Bunge, Enrique del Valle Iberlucea, Adolfo Dickmann, José Ingenieros y Juan B. Justo<sup>28</sup>. Originalmente, fueron designados Ernesto Quesada (quien oficiaba de independiente entre ambas corrientes) y José Ingenieros como presidente y secretario de la Sección. Pero todo el equilibrio se desmoronó cuando este último renunció, se integró como vocal y fue reemplazado por Alejandro Bunge (Zimmermann, 1992, p.561-562).

El tercer episodio fue con su hermano Augusto, fundador del Partido Socialista. Ya desde la adolescencia ambos habían lidiado en la mesa familiar defendiendo enfáticamente sus puntos de vista, al extremo

<sup>24</sup> “Crisis de trabajo”, *La Vanguardia*, p.1, 30 de julio de 1913.

<sup>25</sup> Redacción, “Lo que no debe faltar en el censo”, *La Vanguardia*, p.1, 26 de septiembre de 1913.

<sup>26</sup> “La última estadística sobre la desocupación obrera”, *La Vanguardia*, 13 de diciembre de 1913, p. 1.

<sup>27</sup> “La última estadística sobre la desocupación obrera”, p. 1.

<sup>28</sup> Memoria del Congreso Americano de Ciencias Sociales, Tucumán, 5-10 de julio de 1916, Buenos Aires, Imprenta José Tragant, 1917, p. 40.

de tener que mediar su padre Octavio en cada querrela<sup>29</sup>. Alejandro y Augusto crecieron y no evitaron enredarse en polémicas cada vez que se cruzaban: uno esperaba las afirmaciones del otro para una rápida réplica. Aunque ellos lo negaran, tenían muchos puntos en común. Por ejemplo, con respecto a la relativa viabilidad de una vuelta al patrón-oro para restablecer el poder de compra de los salarios urbanos, la crítica al burdo empirismo con que se registraban y clasificaban las profesiones en el tercer censo nacional, la necesidad de seleccionar la inmigración y la importancia de una educación general técnica para formar ciudadanos de espíritu práctico. El comentario del funcionario estadístico sobre el freno de la inmigración trasatlántica para atenuar la desocupación, hizo que Augusto lo tratara de propagandista xenófobo (Bunge, 1919c, p.8). Pero, en materia de ideas económicas, había una diferencia entre el lector de Werner Sombart y el de Karl Marx:

Entre las consecuencias de la anarquía económica individualista, el exceso de intermediarios que encarece sin necesidad los productos es el inconveniente más universalmente admitido. Pero no puede suponerse que ésta sea la única función del comercio, ni negarse el papel importante que desempeña *como parte integrante del proceso de producción*, sin desconocer lo más elemental de la economía capitalista (Bunge, 1919c, 11, cursiva del autor).

El cuarto episodio fue en momentos de las deliberaciones parlamentarias del presupuesto de 1920, que actualizaría las partidas de toda la administración pública. Un editorial de *La Prensa* señalaba que era necesario reparar el daño que había provocado la reducción de las partidas, una de cuyas consecuencias fue la suspensión de las publicaciones de las oficinas estadísticas nacionales<sup>30</sup>. En cambio, *La Vanguardia* reproducía los discursos de sus diputados que rechazaban la actualización de los fondos y la reorganización administrativa de la DGEN<sup>31</sup>. Ellos denunciaban que se distraían parte de los recursos humanos del organismo estadístico con tareas para la *Revista de Economía Argentina*. Por ejemplo, Juan Martín Vidal, un estudiante de la Facultad de Ciencias Económicas, era empleado de la repartición oficial y administrador de la revista. Lo que parecía una gran denuncia, pronto fue replicada por el diputado radical Juan Luis Ferrarotti, que afirmaba:

Que Alejandro Bunge sea director con dos distinguidos economistas [Juan José Díaz Arana y Enrique Ruiz Guiñazú] de una revista importante no constituye un cargo sino un elogio. Además es profesor de la Facultad, hace trabajos de finanzas y publica libros. Cualquier empleado administrativo después de hora puede dedicarse a otras labores. ¿Acaso no hay diputados que además de legislar se dedican a publicar libros, dirigir empresas y otras actividades?

Yo he sido administrador de la *Revista de Ciencias Políticas* del doctor Rivarola, me demandaba apenas medio día de trabajo por día. Favorezca la Honorable Cámara a la oficina de estadística con los fondos que necesita y entonces tendrá el señor diputado un volumen mensual o semestral; pero no venga el señor diputado a hacer cargos, porque esta oficina, que es de una pobreza franciscana, no tiene dinero para hacer la publicación de los datos que recoge<sup>32</sup>.

Invitaciones, tanto de Estados Unidos como del Viejo Mundo, hicieron un saludable paréntesis en las inagotables querrelas político-intelectuales nativas, para abrir paso a los reconocimientos

29 Eduardo José Cárdenas y Carlos Manuel Payá, op. cit., p. 311.

30 Editorial, "Supresión de la brújula del Estado", *La Prensa*, p.3-4, 26 de mayo de 1919.

31 "La dirección general de estadística. Discurso del diputado Repetto", *La Vanguardia*, p.5, 25 de septiembre de 1919.

32 Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, año 1919, T. V, Sesiones Ordinaria, septiembre 20-septiembre 30 de 1919, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía., 1920. p. 737.

internacionales. En el cierre de la Segunda Conferencia Financiera Panamericana (1920) se celebró un banquete en honor del economista argentino. Bunge hizo de la sede de la DGEN un lugar de investigación durante la estadía porteña para los becarios norteamericanos en tránsito. Por ejemplo, entre julio de 1917 y mayo de 1918 había recibido al *fellow* John Henry Williams, autor de la tesis *Argentine International Trade under Inconvertible Paper Money, 1880-1900* (1920) (Dagnino Pastore, 1957), que luego traducirá al castellano Raúl Prebisch. Edwin Walter Kemmerer, en representación de la Universidad de Princeton, ofreció un brindis. Aclaró que no exageraba al afirmar que el agasajado figuraba entre los tres economistas sudamericanos más conocidos en el país del Norte. Ante sus colegas, equiparó a Bunge con el nuevo tipo de experto gubernamental, que emergió en los países beligerantes con la gestión de la guerra total:

El economista moderno ya no es un ermitaño, ni un simple estudioso: aunque cree firmemente en la importancia de un estudio tranquilo y aunque ama sus libros. Pero más que todo esto, está en contacto continuo con la actividad de los asuntos del día, tanto en el mundo de los negocios como en el mundo de los servicios del gobierno. Nuestro huésped de hoy es un ejemplo espléndido de este tipo moderno de economista, tanto por la amplitud de sus miras como por la influencia que ejerce. Es un profesor universitario, y ocupa un puesto prominente en los ramos de economía y finanzas. Ejerce una gran influencia en los asuntos comerciales, y se encuentra aquí actualmente, como representante de su país en la Conferencia Financiera Panamericana. En la República Argentina es el director de la Oficina Nacional de Estadística; y a él se debe en gran parte la organización y el desarrollo de los trabajos estadísticos en el terreno del comercio internacional más conocidos en la América Latina<sup>33</sup>.

Desde el otro lado del Atlántico, llegó un reconocimiento no menos importante. El profesor Corrado Gini de la Universidad de Padua invitó al jefe de la DGEN a integrar el comité editorial de la revista de estadística *Metron*. Compartía este lugar de prestigio con otros jefes de organismos estadísticos nacionales, como George H. Knibbs de la *Commonwealth* de Australia, Lucien March de Francia y Armand Julin de Bélgica. El programa de *Metron* era convertirse en un órgano de coordinación científica, es decir, de armonía en los métodos de elaboración y exposición de las cifras, con la publicación de artículos en italiano, francés, inglés y alemán.

## A modo de conclusión

Alejandro Bunge transitó la inestable década de 1910 ofreciendo una visión transformada de la economía argentina. Vertiginosamente, el dirigente católico se convirtió en funcionario estadístico. Las experiencias en este cargo, más la docencia universitaria, lo transformaron en economista con buena y mala prensa. En esta etapa, poco se ha analizado sobre el crítico dentro del modelo agroexportador. ¿Cuáles fueron sus aportes? Fijó las variables cuantitativas y ciertas representaciones sociales que delinearón la capacidad de generación de riqueza de un mercado nacional, sin cuestionar el enlace de la plaza productora de bienes agropecuarios con el mercado internacional. Sobre la base de la prosperidad pampeana generada por el cultivo de cereales y la cría de ganado –que mantenía vínculos con los enclaves regionales del azúcar y la vitivinicultura–,

<sup>33</sup> "Discurso del Profesor Kemmerer", REA, n° 93, p. 247-249, marzo 1926.

propuso un ajuste en las tendencias prevalecientes a fines de los festejos del Centenario. El funcionario estadístico está a la vanguardia de los economistas de su tiempo, como sugiere Edwin Kemmerer. Detrás del servidor público, hay un aprendiz de tecnócrata, cuando pretende cerrar la inmigración golondrina y le exige a las elites nativas renegociar los precios de las materias primas con los mercados externos. El reformista social abraza la posibilidad de una redistribución de los ingresos para los pequeños propietarios y arrendatarios rurales. A su vez, el perfeccionista moral propone torcer la módica voluntad tributaria de la cúspide de la pirámide social. La crisis 1913-17 no es un impedimento para que el economista argentino ratifique el perfil de una economía próspera, cuyos agentes más favorecidos se negaban a sostener las débiles finanzas de un estado-nación que aún no cubría servicios universales (como la educación) ni controlaba efectivamente regiones enteras (como la Patagonia).

BARSKY, Osvaldo; GELMAN, Jorge. *Historia del agro argentino. Desde fines de la hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo-Mondadori, 2001.

BUNGE, A. E. Los desocupados y la distribución de trabajo. *Estudios*, t. VII, n° 4, p. 308-309, octubre 1914.

\_\_\_\_\_. El comercio exterior argentino. Contribución al estudio de una política económico-internacional argentina. *Estudios*, t. XIII, n° 6, diciembre 1917a.

\_\_\_\_\_. Precios de exportación. *La Razón*, 22 de diciembre de 1917b.

\_\_\_\_\_. *Población total de la Argentina. Razón de su crecimiento*. Buenos Aires: Establecimiento Oceana, 1917c.

\_\_\_\_\_. *Riqueza y renta de la Argentina, su distribución y su capacidad contributiva*. Buenos Aires: Agencia General de Librería y Publicaciones, 1917d.

\_\_\_\_\_. *El capital ferroviario. Contribución al estudio del patrimonio nacional*. Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1918a.

\_\_\_\_\_. Costo de la vida en la Argentina, de 1910 a 1917. *REA*, n° 1, julio 1918b.

\_\_\_\_\_. *La industria durante la guerra*. Buenos Aires, mimeo, 1919a.

\_\_\_\_\_. Prólogo. *Boletín del Museo Social Argentino*, n° 85-90, p. V-XVII, enero-junio 1919b.

\_\_\_\_\_. *La inferioridad económica de los argentinos. Sus causas y remedio*. Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1919c.

\_\_\_\_\_. Varios problemas de la economía nacional. *Boletín de Extensión Universitaria*. Buenos Aires, 1919d.

\_\_\_\_\_. *Los problemas económicos del presente*. Buenos Aires, s./ed., 1920a.

\_\_\_\_\_. Publicaciones de estadística nacional (nota del director de la estadística nacional de la Rep. Argentina. *REA*, N° 27-28, p. 274-277, septiembre-octubre 1920b.

\_\_\_\_\_. El bienestar argentino. *La Época*, 12 de octubre de 1920c [reproducido en *REA*, N° 27-28, septiembre-octubre 1920, pp. 286-289].

\_\_\_\_\_. *The Coefficient of Money Correction. The Use of Index Numbers in the Determination of Fluctuations in the Purchasing Power of Money*. Washington D. C., 1920d.

\_\_\_\_\_. Informe sobre este Seminario. In: Facultad de Ciencias Económicas, *Investigaciones de Seminario*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía., vol. II, p. 451-457, 1921.

\_\_\_\_\_. La Economía Positiva y la Política Económica Argentina. *Anales del Instituto Popular de Conferencias, cuarto ciclo*. Buenos Aires, Vaccaro, t. IV, p. 237-252, 1924.

\_\_\_\_\_. La carestía de la vivienda. *Anales del Instituto Popular de Conferencias, sexto ciclo año 1920*, Buenos Aires, Vaccaro, t. VI, p. 47-68, 1925.

DAGNINO PASTORE, José María. Estudios económicos argentinos en universidades estadounidenses. *Económica* [revista de la Facultad de Ciencias Económicas, UNLP], n° 13-14, p. 119-128, 1957.

DESROSIÈRES, Alain. *La política de los grandes números. Historia de la razón estadística*. Barcelona: Melusina, 2004.

*Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, año 1919*, T. V, Sesiones Ordinaria, septiembre 20-septiembre 30 de 1919, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía., 1920.

DNT, División Estadística. *Anuario Estadísticos del Trabajo, año 1914*. Buenos Aires: Talleres Gráficos A. de Martino, 1916.

FERNÁNDEZ LÓPEZ, Manuel. La estabilidad monetaria: Fisher, Bunge y Prebisch. *Anales de la Asociación Argentina de Economía Política, XXIX Reunión Anual*, t. 3, p. 665-675, 1994.

GARCÍA MATA, Rafael; LLORENS, Emilio. *Argentina económica 1939*. Buenos Aires: Compañía Impresora Argentina, S. A., 1939.

GONZÁLEZ BOLLO, Hernán. Ciencias sociales y sociografía estatal. Tras el estudio de la familia obrera porteña, 1899-1932. *Estudios Sociales. Revista universitaria semestral*, n° 16, 1° semestre 1999.

\_\_\_\_\_. Alejandro Ernesto Bunge: ideas, proyectos y programas para la Argentina post-liberal (1913-1943). *Valores en la sociedad industrial*, Buenos Aires, año XXII, n° 61, p. 62-64, diciembre 2004.

\_\_\_\_\_. *La estadística pública y la expansión del estado argentino: una historia social y política de una burocracia especializada, 1869-1947*. Tesis Doctoral. Buenos Aires, Departamento de Posgrado, UTDT, 2007.

GREFFIER, Mauricio; LOUDET, Enrique. *Memoria. La Facultad de Ciencias Económicas de la UBA en el 25° aniversario de su creación*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, 1938.

HERF, Jeffrey. *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*. México: FCE, 1990. p. 274-317.

KENDALL, M. G. Studies in the History of Probability and Statistics, XXI. The Early History of Index Numbers. *Review of International Statistical Institute*, vol. 37, n° 1, 1969.

*Memoria del Congreso Americano de Ciencias Sociales, Tucumán, 5-10 de julio de 1916*. Buenos Aires:

Imprenta José Tragant, 1917.

MINISTERIO DEL INTERIOR. *La desocupación de los obreros en la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos, 1915.

MONTEQUÍN, Adriana. Sector público y sistema tributario argentino, 1914-1932. *Ciclos*, año V, n° 9, 2° semestre de 1995.

MULHALL, Michael. *Industries and Wealth of Nations*. Londres/New York/Bombay: Longmans, Green, and Co., 1896. Diagramas I y XXIII; pp. 361-370.

OTERO, Hernán. *Estadística y Nación. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna, 1869-1914*. Buenos Aires: Prometeo, 2006.

RODRÍGUEZ ETCHART, Carlos. Prólogo In: Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. *Investigaciones de seminario*. Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación, v. I, p. III-XXIV, 1917.

SKOCPOL, Theda. El Estado regresa al primer plano: estrategias de análisis en la investigación actual. *Zona Abierta*, n° 50, p. 90-92, enero-marzo 1989.

STUDENSKI, Paul. *The Income of Nations*. New York: New York University Press, 1961. p. 117-141.

TEMIN, Peter. *Lecciones de la Gran Depresión*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.

TOZZE, J. Adam. *Statistics and de German State, 1900-1945. The Making of Modern Economic Knowledge*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, *Carácter y finalidad de los cursos de seminario por Raúl Prebisch, jefe del seminario de investigaciones*, La Plata, Talleres Gráficos Olivieri y Domínguez, 1922.

VALLE, Juan Carlos; FERRARI, Ludovico A. Costo de la vida en la Argentina de 1910 a 1919. *REA*, n° 22, p. 253-261, abril 1920.

VAN DER KARR, Jane. *La primera guerra mundial y la política económica argentina. Un estudio de la legislación fiscal y presupuestaria durante los años del conflicto*. Buenos Aires: Troquel, 1974. p. 82-100.

ZIMMERMANN, Eduardo. Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal: Argentina, 1890-1916. *Desarrollo Económico*, n° 124, p. 545-564, enero-marzo 1992.

*Recebido em setembro de 2012*

*Aprovado em outubro de 2012*